

Memoria azteca de la Conquista

MIGUEL LEÓN PORTILLA

La primera de las grandes conquistas de las que se conservan testimonios indígenas es la del mundo azteca. Los mexicas, como se llamaban a sí mismos los aztecas, habían alcanzado a principios del siglo XVI su máximo desarrollo y esplendor. El «Pueblo del Sol», el escogido del dios de la guerra, Huitzilopochtli, había heredado sus instituciones culturales de los toltecas y en última instancia de otros pueblos más antiguos como los teotihuacanos que habían florecido durante los primeros siglos de la era cristiana.

La nación azteca, con su gran capital, México-Tenochtitlán, en la que había templos y palacios extraordinarios con esculturas y pinturas murales, con sus centros de educación, y con una conciencia histórica preservada en sus códices o libros de pinturas, era un Estado poderoso que dominaba vastas regiones, desde el Golfo de México hasta el Pacífico, y que llegaba por el sur hasta las fronteras de la actual Guatemala.

El 18 de febrero de 1519 Hernán Cortés parte de la isla de Cuba, al frente de una armada integrada por once naves. Trae consigo poco más de 600 hombres, 16 caballos, 32 ballestas, 10 cañones de bronce y algunas otras piezas de artillería de corto calibre.

Al pasar por las costas de

Yucatán, Cortés recoge a Jerónimo de Aguilar, que había naufragado en las proximidades y que había aprendido la lengua maya con fluidez. Más adelante recibe 20 esclavas indígenas, una de las cuales, la célebre Malinche, desempeñará un importante papel en la Conquista. La Malinche hablaba la lengua maya y la azteca o náhuatl. Cortés contó desde ese momento con un sistema perfecto para comunicarse con los aztecas. El hablaría en español con Jerónimo de Aguilar; éste, a su vez, sirviéndose del maya, traduciría lo dicho a la Malinche, y ella se dirigiría en lengua azteca a los enviados de Moctezuma.

Precisamente el Viernes Santo, 22 de abril de 1519, los conquistadores desembarcaban en las costas de Veracruz. Poco más de seis meses después, el 8 de noviembre, contemplaban con ojos atónitos la metrópoli de Tenochtitlán, la gran ciudad construida por los aztecas en medio de los lagos en el Valle de México. En un principio Moctezuma creyó que se trataba del retorno de Quetzalcóatl y de los dioses que lo acompañaban. La estancia de los hombres de Castilla como huéspedes en la capital azteca tuvo un final violento. Cortés había tenido que ausentarse para ir a combatir a Pánfilo de Narváez, que venía a quitarle el mando por órdenes del gobernador de Cuba.

Pedro de Alvarado, queriendo anotarse un triunfo, atacó a traición a los aztecas, durante la gran fiesta de Tóxcatl, que se celebraba en fecha cercana a la Pascua de Resurrección de 1520. Los relatos aztecas que evocan este episodio se transforman aquí y en otros pasajes en un poema épico, una especie de *Ilíada* indígena.

Cuando Hernán Cortés regresa, después de vencer a Narváez, tiene que hacer frente a la justa indignación de los aztecas. Decide entonces escapar de la ciudad. En su huida pierde más de la mitad de sus hombres, así como todos los tesoros de que se había apoderado. Esta derrota sufrida por los conquistadores se conoce con el nombre de «la noche triste» del 30 de junio de 1520.

Los españoles marchan en busca del auxilio de sus aliados tlaxcaltecas y sólo un año después, el 30 de mayo de 1521, pueden dar principio al asedio formal de Tenochtitlán. Para esto concentra Hernán Cortés más de 80.000 soldados tlaxcaltecas y refuerza sus propias tropas españolas con la llegada de varias otras expediciones a Veracruz. Casi después de ochenta días de sitio, el 13 de agosto de 1521, cae la ciudad de Tenochtitlán y es hecho prisionero el joven Cuauhtémoc.



Nosotros sabemos...

Los sabios aztecas supervivientes a la destrucción de México responden a los «doce apóstoles de México», los doce franciscanos enviados por el Papa Adriano VI y Carlos V para evangelizar a México. Fragmento del libro de «Los coloquios de los doce», del siglo XVI, en lengua náhuatl.

Señores nuestros:	Ellos nos dieron	a quién se debe el nacer,
Vosotos dijisteis	sus normas de vida.	a quién se debe el ser engendra-
que nosotros no conocemos	Ellos honraban a los dioses.	do,
al Señor que está cerca y con	Ellos nos enseñaron todas sus	a quién se debe el crecer,
nosotros,	formas de culto,	cómo hay que invocar,
a aquel de quien son los cielos y	todos los modos de honrar a los	cómo hay que rogar.
la tierra.	dioses.	Y ahora, nosotros,
Dijisteis	Era doctrina de nuestros mayo-	¿destruiremos la antigua regla de
que no eran verdaderos nuestros	res	vida?
dioses.	que es por los dioses por quien se	Es ya bastante que hayamos sido
Nueva palabra es ésta, la que	vive.	derrotados,
habláis.	Ellos nos merecieron.	que se nos haya impedido nues-
Por ella estamos perturbados,	Con su sacrificio nos dieron la	tro gobierno.
por ella estamos molestos.	vida.	¡Déjennos pues ya morir,
Porque nuestros progenitores,	Nosotros sabemos	déjennos ya perecer,
no solían hablar así.	a quién se debe la vida,	puesto que ya nuestros dioses
		han muerto!

Teología India hoy

Nuestros antepasados, muchísimo antes de la llegada de los primeros soldados y misioneros europeos, ya conocían y tenían una experiencia existencial de Dios, una comunión vital con su persona. Esta fe en el Dios de la Vida, resultado de la revelación de su amor y de sus designios en el devenir de la historia y culturas de nuestros pueblos y que nuestros abuelos y abuelas fueron conservando cuidadosamente en sus tradiciones ancestrales, es la raíz de nuestra Teología India hoy.

Lo que es auténticamente humano es también auténticamente cristiano. En base a este principio, sostenemos que una teología auténticamente india, en cuanto que lo indio en el fondo es una llamada de atención a nuestra esencia de hombres y mujeres creados por Dios, es también auténticamente cristiana. Y, en consecuencia, nuestra labor frente a ella no consiste en querer vestirla de cristianismo, sino mostrar su sentido profundamente cristiano cuando aborda los problemas de la vida, del hombre y de la mujer, del pueblo y de la comunidad, del futuro y del más allá. La compatibilidad entre la fe cristiana y la fe india es asombrosa. Es más, para los indios, la fe cristiana tiene que pasar necesariamente por nuestra fe india. Porque no es matando a nuestro Dios como llegamos al Dios cristiano, sino reconociendo que es el Mismo en una y otra experiencia y que abrirnos al aporte cristiano significa no únicamente no perder lo propio, sino potenciarlo al máximo. No nos convertimos a Cristo para aniquilarnos o perdernos, sino para ensanchar nuestros horizontes y trascendernos. Este es el ideal reconocido en la Iglesia, aunque la práctica se despeñe por otros barrancos. ▣

Eleazar López Hernández. Sacerdote zapoteca mexicano.